
NUESTRA SEÑORA REINA DE TODOS LOS SANTOS.

*Data est mihi omni potestas in
caelo et in terra.*

A mí se me ha dado toda potes-
tad en el Cielo y en la tierra.

(MATH. XXVIII, c. 18.)

Arrebatado el profeta rey de Palestina, en aquellas celestiales visiones en que le fué revelado lo futuro, vió á una Señora, que, vestida con cendales de purísimo oro, y adornada con admirable variedad de dibujos, se sentaba sobre resplandeciente trono á la diestra de Dios. Esta Señora era María. Elevada al Cielo en medio de las aclamaciones de júbilo de los habitantes de la bella Sion, María fué colocada sobre esplendorosísimo sólio, y bendecida y venerada como Señora del Paraíso. Recompensa de su sufrimientos, remuneracion de sus méritos, corona de sus triunfos, la gloria á que fué elevada es inmensamente mayor de lo que, no ya humanas lenguas, sino las lenguas mismas de los ángeles podrian expresar. Ensalzada sobre todos los órdenes de las gerarquias celestiales, colocada en el más eminente puesto de los celestiales reinos, beatificada por aquel mismo Dios que concibióra en su seno, puesta en posesion de la felicidad inmortal, que por tantos títulos le correspondía, reinó proclamada Reina de todos los Santos.

Esto era precisamente lo que en Ella admiraba su real ascendiente, David, cuando, acompañándolas con los melodiosos acordes de su cítara, dirigía al Señor estas palabras: Siéntase á tu diestra una Reina, vestida con refulgente túnica de oro, admirable por la profusion de los adornos; y esto es lo que nosotros nos proponemos celebrar en la festividad de este día. Invito, pues, hermanos míos, vuestra atencion sobre este faustísimo argumento, proponiéndome esclarecer el significado del sublime titulo por el cual veneramos á María como Reina de todos los Santos. Persuadido estoy de que no

podré elevarme á grandeza tanta; sé muy bien, que los mismos Padres, los mismos Doctores de la Iglesia, por más que á tan sublime asunto consagraron los raudales de su espléndida y magestuosa elocuencia, no han podido equipararse con lo sublime del asunto; pero tambien estoy seguro de que á vosotros, perspicaces y devotos como sois, no os será difícil adivinar en el pálido discurso mio, aquello que, para reproducido con adecuados y fieles colores, excede con mucho á las humanas aptitudes. Por tanto, siguiendo las inspiraciones de la Iglesia, que invoca á María con el nombre de Reina de todos los Santos; siguiendo la piadosa devocion de nuestros abuelos, que instituyó esta solemnidad consagrada á María como Reina de todos los Santos; correspondiendo al deseo de vuestra piedad misma, que, como Reina de todos los Santos, aspira á venerar á María, renuncio á prolongar este exordio, y entro desde luego en el desarrollo de la proposicion anunciada, proponiéndome presentaros, en cuanto me sea posible, los principales motivos, por los cuales María debe ser por nosotros solemnemente glorificada bajo el titulo de Reina de todos los Santos. *A M.*

Por dos motivos se llama María Reina de todos los Santos; el primero es, que Ella excede en santidad á los Santos todos; el segundo es, el haberla constituido el mismo Dios como Señora de la dichosa mansion de los Santos. Examinemos uno y otro de estos motivos, y no tendremos dificultad alguna en reconocer, que María es, verdaderamente, la Reina de todos los Santos.

En cuanto al primero, María sobrepuja en santidad á todos los Santos, por la abundancia de las gracias, por lo singular de sus privilegios, por la dignidad de sus preeminencias. Demostrado esto, y es muy fácil demostrarlo, quedará patente, aún para los más exigentes, como en la santidad excede la Virgen á los Santos todos. Preparémonos, pues, á considerar cuán grande ha sido en María la abundancia de las gracias, cuánta la singularidad de sus privilegios, cuán sublime la dignidad de sus preeminencias; y habremos descubierto anchísimo campo para deducir, que Ella es, y que no podía menos de ser, superior á todos los Santos.

Hemos dicho, que María aventaja á los Santos todos por la abundancia de las gracias, porque todas las gracias, que, partitivamente, fueron distribuidas á los Ángeles y á los hombres, se acumularon en Ella. Muchas fueron, en efecto, las gracias otorgadas á los Angeles que, desde el principio, permanecieron fieles á Dios; muchas fueron

las gracias concedidas á los Patriarcas y á los Profetas; muchas las gracias dispensadas á los Mártires y Apóstoles, antorchas de la nueva ley de gracia. Pues bien; María reunió en sí sola todas las gracias dispensadas á los Apóstoles y Mártires, todas las gracias concedidas á los Profetas y Patriarcas, todas las gracias otorgadas á los Angeles. Paso por alto, hermanos míos, los innumerables testimonios de los Padres y Doctores de la Iglesia que aducir podría en confirmacion de esta verdad, porque quiero presentaros un testimonio superior al de los santos Padres y Doctores; el testimonio de un Angel. Cuando hubo sonado la hora feliz de la plenitud de los tiempos, y Dios quiso consumir la obra de sus infinitas misericordias, un Angel resplandeciente se presentó á María. Acércase á Ella con profunda reverencia, inclinando su frente ornada con la diadema de la inmortalidad, y le participa el celestial mensaje: «Yo os saludo, le dice, Señora, llena de gracia, con Vos está el Señor, Vos sois la bendita entre todas las mujeres.» ¿Qué significan estas palabras tan nobles, tan sublimes? El Angel diciendo á María, que el Señor estaba con Ella, quería significarle, que Dios estaba en Ella con su gracia, con su especial proteccion, con su preferente amor. Diciendo que Ella era la bendita entre todas las mujeres, quería expresar que Dios, por predestinacion eterna, la había ensalzado á una dignidad sin igual; y que Ella excedía en gloria á todas las mujeres, como las sobrepujaba tambien en los méritos, y las aventajaba á todas en la virtud. Llamándola llena de gracia, quería significar, que en Ella se reconcentraban tantas gracias, cuantas pudiera reunir humana criatura, de manera, que ninguna era posible añadir ya á sus muchas gracias, á sus inconmensurables dones. Tal abundancia de gracia impulsó á muchos personajes de alta perfeccion, á la empresa dificilísima de enumerarlas, pero no pudieron realizarla; y empezada ya la árdua obra, faltáronles conceptos y palabras con que expresarlas. Tal abundancia de gracias dejó atónitos á los más preclaros ingenios; y acostumbrados á celebrar con pomposas frases los hechos generosos, no acertaron á encontrar palabras con que ensalzar el hecho nuevo é inaudito con que había sido sublimada María. Si, pues, no existe humana inteligencia capaz de comprender la dignidad á que la Virgen fué exaltada; si no existe ingenio tan sublime, que pueda pasar más allá de la contemplacion del eminente puesto en que la Virgen fué constituida; si no hay entendimiento, por valeroso que sea, que pueda penetrar en el esplendor inmenso de tanta luz, por esto solo queda demostrado, que por la magnitud, por la inenarrable abundancia de

las gracias de que fué colmada, sobrepuja la santísima Virgen, con indecible exceso, á todos los Santos.

Pero, no es solo por la plenitud y abundancia de la gracia por lo que María sobrepuja á todos los Santos; excédelos tambien por la abundancia y por la plenitud de los privilegios y de los dones que le han sido concedidos. Y en efecto; si María, por privilegio único, no compartido jamás por hombre alguno en la tierra, ni por Angel alguno en el Cielo, fué sublimada á la dignidad altísima de Madre de Dios, ¿era posible que ese mismo Dios no la adornase con especísimos dones? Aquella á quien el Hijo de Dios amó con un amor sin limites y sin medida, como á Madre carísima, ¿habría dejado de recibir prerogativas tambien ilimitadas é inconmensurables? Aquella á quien el Espíritu Santo preparó para tabernáculo digno de la Divinidad, ¿habría dejado de obtener de tan pródiga mano todas las preeminencias que la convirtiesen en un vaso de eleccion, cuyos perfumes habían de difundirse por el mundo entero?

Hallamos en los libros sagrados, ejemplos de otras maravillosas vocaciones. Maravillosa fué, en efecto, la vocacion de Esther, que, huérfana desdichada, mientras vivía en país de esclavitud juntamente con Mardoqueo, para que se cumplieran los designios de Dios, vióse elevada á compartir con Asuero el trono real. Maravillosa fué tambien la vocacion de David, que, de simple pastor, y mientras se cuidaba de apacentar los rebaños, para que tuvieran cumplimiento los mandatos de Dios, fué ungido como Rey por el profeta Samuel. Pero ¿qué comparacion podrá jamás establecerse entre estas vocaciones y la vocacion de María? En la vocacion de María no se trata ya de una córte terrena, ó de una terrena grandeza. Trátase de establecer entre Ella y el Hijo de Dios, una union tan íntima, que ambos deben constituir una misma carne y una misma sangre. Trátase de ensalzarla tanto, que Jesucristo habrá de pertenecer á María, en cuanto un hijo pertenece á su madre; Jesucristo será parte de María, en la misma medida en que el hijo es parte de la madre; y así como no puede concebirse que exista hijo sin madre, tampoco sin la idea de María no puede concebirse la idea de Jesucristo. Trátase de hacer partícipe á María de la augusta calidad de Dios, porque si el Eterno Padre engendra con su propia sustancia al Hijo, María lo concibe con su propia sangre; si en su propio seno el Eterno Padre engendra al Hijo, en su propio seno lo concibe tambien María; y si el Eterno Padre engendra al Hijo de una manera inefable, de modo milagroso lo concibe tambien María. Y siendo esto así, ¿podría haber restriccion

alguna en los dones que sobre esta Mujer extraordinaria habian de caer á manos llenas? ¡Ah, sí! Ella, como dice San Juan Crisóstomo, no podía ménos de ser la mujer más bella y más digna de todo el mundo, puesto que habia de abrigar y contener en su seno al mismo, á quien el mundo entero no era capáz de contener y abrigar. Si Juan el Bautista, por su condicion de precursor de Jesús, fué colmado de tantos dones; si Pablo, para que se convirtiera en el apóstol de las gentes, fué constituido vaso de eleccion; si muchos otros, que debian cumplir menores officios, fueron dotados de grandes privilegios; ¿con qué dones, con cuáles privilegios, con cuán grandes prerogativas no habrá sido enriquecida aquella Virgen bendita, predestinada para Madre de Dios?

Los tesoros derramados sobre María deben medirse por su divina maternidad, puesto que esta maternidad es el principio, el centro, y el fin de todos los dones y de todos los privilegios que pródigamente le han sido comunicados. De ahí, que para investigar cuáles y cuántos hayan sido estos privilegios y estos dones, sería preciso poder investigar cuál y cuán grande sea la maternidad divina. Pues habeis de saber, hermanos míos, que á tal altura no han sabido elevarse jamás, ni la inteligencia de los más profundos Doctores, ni la elocuencia de los más eruditos Apologistas, y que ni aún la inteligencia de los Serafines podría elevarse á altura tanta. Debeis, por tanto, concluir, que tampoco es posible esforzar el entendimiento humano hasta investigar todos los dones y todos los privilegios recibidos por María con su divina maternidad. No se puede decir lo mismo de los Santos, pues conocemos las virtudes especiales que los elevaron sobre el resto de los hombres; y nosotros, pecadores, podemos abarcar los tesoros de gracia que poseyeron los Apóstoles y Mártires, la riqueza de dones que gozaron los Confesores y las Vírgenes, y las bendiciones que ilustraron á los Patriarcas y Profetas. Ahora bien; si los dones solos, solas las prerogativas, solos los privilegios de María exceden á nuestra inteligencia, sin que nos sea posible abarcar su magnitud, claro está, que María es superior á todos los Santos por la singularidad de sus prerogativas, de sus privilegios y de sus dones.

Y si María supera á todos los Santos por la singularidad de sus dones y privilegios, fácil es comprender, que los supera tambien por la singularidad de su altísima preeminencia. Y en efecto; es incuestionable, que cuanto más ensalzado sea un hombre por su príncipe con honores y privilegios, tanto más participa ese mismo hombre de la dignidad real. Pero, como hemos demostrado ya, María, por

sus gracias y privilegios sobrepuja de tal manera á los Santos, que solo es inferior á Dios. Ahora debemos añadir, que sobrepuja además de tal suerte á los Santos en la preeminencia, que solo es inferior á Dios. Ella es la luna mística, que, irradiando sus destellos al cielo y á la tierra, resalta entre los demás astros celestiales, del mismo modo que la luna material resalta entre todos los astros menores. Ella es el cedro del Líbano, que florece por todas partes, y rodeado de otras plantas menores multiplica de año en año la frondosidad de sus ramas, como los multiplica aquel árbol entre los demás árboles.

Y esto le correspondía de derecho. Durante los días de su vida en esta tierra, encontrándose en la region del destierro, María no tuvo jamás otra corona que la corona de la inocencia y del dolor. El mismo Jesucristo, vióse una vez aclamado por el pueblo en la dignidad real; otra vez vió irradiar sobre su frente un rayo luminoso descendido del Cielo; y, efecto de los milagros que obraba continuamente, veíase circundado por una auréola de gloria y de esplendor. Esto no sucedía á María; y por más que era la Madre del Hijo de Dios, vivió siempre en el silencio y en el martirio.

De ahí, que en Ella no apareciese ninguna de aquellas preeminencias que la hacen superior á todos los Santos; ninguna de aquellas grandezas por las cuales debía ser sobre todos los Santos glorificada. Pero, una vez arrebatada á la mansion donde los Santos moran, la diferencia es notabilísima. La corona de espinas se deja á un lado, y Ella es coronada con la diadema propia de sus preeminencias; declarada Reina del Cielo y de la tierra, del tiempo y de la eternidad.

Los Santos la reconocen como Soberana. Los Profetas, que tantas veces la anunciaron en sus vaticinios; los Patriarcas, que hicieron de Ella el objeto de todos sus suspiros; los Apóstoles, á quienes Ella prestó ayuda en su árdua mision; los Mártires, que la tuvieron por patrona entre las torturas de sus perseguidores; las Vírgenes, que de Ella aprendieron á seguir al Cordero inmaculado; los Confesores, que por su intercesion obtuvieron la virtud, de la cual fueron premiados por el Remunerador celestial; todos los Santos, en una palabra, se postran humildemente á sus piés y la aclaman su Emperatriz.

No solamente bajo este punto de vista María debe ser reconocida y venerada como Reina de todos los Santos, sinó que tambien como Reina de todos los Santos debemos reconocerla y venerarla, por cuanto Dios la ha constituido Señora, Patrona, Soberana del Empi-

reo, que es la feliz mansion de los Santos. Y esta es, hermanos míos, la segunda parte del argumento que me he propuesto desarrollar, como es tambien el segundo motivo por el cual debemos saludar á María con el título con que hoy la veneramos entre los sagrados himnos de esta solemnidad. Para demostrároslo, os suplico nuevamente vuestra piadosa atencion.

Refiriéndose á Jesucristo, decía el rey Salmista, que el Padre celestial le había coronado por Rey de la Jerusalén eterna. Pues del mismo modo que Jesús fué coronado Rey, María fué coronada Reina; y así como el Salvador pudo decir con toda justicia de sí mismo: Yo he sido por el Padre constituido Rey del Cielo, así tambien María, con pleno derecho, pudo decir de sí propia: El Señor omnipotente, Aquel cuyo nombre es Santo, me ha constituido Reina del Cielo. ¡Tan íntimo es el enlace entre una y otra cosa! En efecto; para negar á María la dignidad de Reina del Cielo, sería preciso probar, primero, que Jesucristo no sea Rey del Cielo; y puesto que sería error grandísimo asegurar, que Jesucristo no es Rey del Cielo, negar á María el título de Reina del Cielo sería tambien crasísimo error.

A esta sublime dignidad, que tanto descuella sobre la dignidad de todos los Santos, fué ensalzada María, desde el felicísimo instante en que Dios la eligió para Madre de su Hijo, pronto á descender hasta la humana carne para la redencion de todos los hombres. Así que, si el hijo es Rey, Reina es tambien con toda razon la madre, y, por consiguiente, desde el instante mismo en que el Hijo fué constituido Rey, con toda razon puede afirmarse, que Reina fué constituida tambien la Madre. Pero el Hijo fué constituido Rey, desde el momento en que decidió tomar humana carne en las entrañas purísimas de María; luego María fué constituida Reina, desde el instante en que, por vocacion especialísima, fué elegida para acogerlo en su seno inmaculado.

Efecto de esta preeminente dignidad, que constituye á María como Reina, es su poder sobre los soberbios espíritus moradores de los abismos. Desde la inaccesible altura de su sólio. Ella manda á las infernales legiones; y aquellas orgullosas huestes, que no quisieron plegarse humildes y reverentes ante el misterio del Hombre-Dios y de la Madre del Hombre-Dios, tiemblan ante María. Un solo mandato suyo lleva el terror á la region de las tinieblas; una sola mirada suya siembra el espanto y la consternacion en los abismos de la muerte. El vencido Lucifér tiembla ante esta Señora, que lo ha humillado; los sojuzgados demonios temen á la Heroína, que valerosamente los en-

cadenó. A la manera que el cedro ahuyenta con su fragancia las serpientes, María, con solo su nombre, pone en fuga á las potestades tartáreas. Así como el retumbar del trueno hace á los tímidos estremecerse de pavor, así tambien el pronunciar el dulcísimo nombre de María, hace que bramen con la fúria de la impotencia los mónstruos infernales. A la manera que la cera se derrite en cuanto se la aproxima al fuego, así tambien las fuerzas diabólicas desaparecen, se pierden, se anulan en presencia de María. ¡Ah! sí: la Santísima Virgen, reinando en la mansion de la gloria, empuña un cetro ante el cual el indomable orgullo de Lucifér y de cuantos de él dependen, está obligado, bien contra su voluntad, á inclinarse.

Efecto de esta preeminente dignidad, que constituye á María como Reina, es su poder sobre los Ángeles buenos. Admitido el dogma de la divina Maternidad, debe tambien reconocerse en María un derecho de soberanía y de poder sobre todas las obras del Criador, y, por consiguiente, tambien sobre las tribus celestiales que pueblan el Paraíso. Queriendo el Señor dar una Soberana á estos sublimes espíritus, que no fueron, como nosotros, revestidos de la mísera envoltura de la materia, elevó á tan sublime dignidad á la hija de Ana y de Joaquin. Esta, segun opinion de muchos graves teólogos, fué la prueba á que el Eterno sometió al mundo Angélico, para ensalzarlo despues al órden sobrenatural de la gracia. Siendo la Encarnacion del Verbo divino como el punto central de todo el universo y como la clave de toda la gracia, los Ángeles no habrían podido llegar jamás á la sublimidad inaccesible de la vision beatífica, sin humillarse ántes y prosternarse ante los inexcrutables designios del Verbo. Y puesto que en el plan de la Encarnacion del Verbo entraba tambien, por divino decreto, María, los Ángeles, que debían humillarse y postrarse ante los sobrenaturales esplendores del Verbo hecho carne, ante María se postraban igualmente y se humillaban. Así lo hicieron, en efecto; y desde entónces, fieles á la ley de su prueba, reconociendo en María la obra magna de la divina omnipotencia, la Soberana del Universo, la Madre del Hombre-Dios, como á su Reina gloriosísima la veneraron. De ahí, que la Iglesia, celebrando á la Virgen, dice: La santa Madre de Dios fué ensalzada sobre los coros angélicos en los reinos celestiales.

Efecto de esta preeminente dignidad, que constituye á María como Reina, es su poder sobre el mismo Dios. Para persuadirnos de este poder de María, bástanos recordar, que de Ella nació Jesús. Y en verdad, este título de madre, que tanta fuerza tiene sobre los corazo-

nes humanos, sobre los corazones tiernos, sobre los corazones afectuosos, sobre los corazones bien nacidos, ¿cómo no había de tener fuerza sobre el corazón de Jesús, que es, sin disputa, el corazón más bello, que se nos ofrece como el modelo de todas las virtudes, que ha reconcentrado en sí todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia? Nosotros sabemos, que acá, en la tierra, el buen Jesús vivió como súbdito de María y de José; nosotros sabemos, que por intercesión de Ella obró el primero de sus milagros, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná; nosotros no ignoramos, que próximo á espirar, lleno de ternura, la recomendó al más amado de sus discípulos, para enseñarnos que, aún en el trance supremo, debemos cuidados especiales á nuestros padres. ¿Cómo pudiéramos, pues, figurarnos, que en el Cielo, en la mansión de su autoridad, de su amor, de su magnificencia, se negase á escuchar su voz, aceptar sus votos, atender á sus súplicas? Nó: así como el Padre nada negará jamás al Hijo, así también el Hijo nada negará jamás á la Madre.

Ahora bien, hermanos míos; yo creo que vosotros habreis de venir conmigo, en que tanto poder no se lee de ninguno de los Santos, ni siquiera de todos los Santos reunidos. Cualquiera que sea su gloria, cualquiera que sea su beatitud, sea cualquiera el altísimo puesto en que por sus méritos se encuentren colocados, el poder de los Santos es siempre limitado. Ni los más ilustres entre los Apóstoles, ni los más invictos entre los Mártires, ni los más célebres entre los Confesores, han tenido jamás dominio tan grande sobre los Ángeles rebeldes, poder tanto sobre los Ángeles buenos, supremacía tal sobre el mismo Dios. Si, pues, todo esto es propio de María, y solamente de María, puedo yo afirmar con toda seguridad, haber demostrado por una y otra parte el argumento que me había propuesto. Y en efecto, como dejo plenamente probado, María aventaja en santidad á todos los Santos; y los sobrepuja á todos, porque el mismo Dios la ha constituido Soberana y Emperatriz del dichoso Empíreo. Y siendo precisamente esto cuanto se requiere para ser venerada como Reina de todos los Santos, demostrado queda también, que como Reina de todos los Santos debe ser venerada.

Regocijémonos, pues, hermanos míos, con santa alegría; regocijémonos por la sublimidad del trono sobre que se sienta María, y regocijémonos igualmente por nosotros mismos. Porque, si al subir al Cielo nos dejó privados de su presencia, no nos dejó, ciertamente, abandonados de su patrocinio. Allá arriba, cerca del sólio de Dios, siente mejor nuestras miserias, conoce mejor nuestras necesidades,

extiende mejor sobre nosotros el manto de su poderosa protección. Ella es siempre nuestra Madre, y nada más puro, nada más dulce, nada más suave que el nombre de una madre. La madre es para su hijo un tesoro, es el mejor de los amigos, el más tierno de los protectores; es un Ángel visible que la Providencia ha puesto á su lado. Una madre está siempre dispuesta á consolar á su hijo en las penas, á sostenerlo en las luchas, á librarlo de los peligros, á socorrerlo en la desgracia; una madre está siempre pronta, á cada momento dispuesta, á sacrificarse por dar á su hijo la vida, la salud y la paz. Y por eso, si María es nuestra madre, aún limitándonos á equiparar su amor con el de una madre terrena, no nos negará jamás su asistencia, no nos dejará nunca huérfanos de su benévolo patrocinio. Pero María no es una madre terrena; es una madre divina; por eso nos ama con un amor no comparable á ningún otro amor. ¿Cuán consolador, pues, no debe ser para nosotros el saber, que nuestra Madre es tan grande, que nuestra Madre es la Reina de todos los Santos, la Soberana del Paraíso?

Pero, á los sentimientos de confianza que en nuestros corazones despierta el título de Reina de todos los Santos, tributado á María, deben unirse también otros sentimientos que proceden de la consideración de los méritos, en cuya virtud María fué en tan gran manera sobre todos los demás Santos ensalzada. María es Reina de todos los Santos, porque á todos los sobrepuja en santidad; y esta consideración debe servir á toda alma cristiana de poderoso estímulo para amar la virtud, para procurar la perfección, para ser santa. María es Reina de los Santos, porque más que todos ellos glorificó al Señor; y esta consideración debe servirnos de poderoso estímulo para esforzarnos, por cuantos medios estén á nuestro alcance, en propagar y acrecentar entre los hombres la gloria divina. María es Reina de los Santos, porque padeció más que ellos con resignación y paciencia; y esta consideración debe servirnos de poderoso estímulo para abrazar pacientes y resignados las mortificaciones y nuestra cruz. ¿Y cuántos cristianos obran hoy de esta manera? ¿cuántos cifran, como María, toda la felicidad de su vida en el servicio y amor de Dios? ¡Ah! muchos consideran estas cosas como muy tristes y enojosas, y las observan con repugnancia. En lugar de adornar nuestra alma con méritos, como lo practicaban los Santos, la manchamos más y más con las culpas; en vez de glorificar al Señor, le ofendemos más y más con nuestro escándalos; en lugar de soportar resignadamente las penalidades de la vida, para expiación de nuestros pecados, nos rebelamos contra la

mano que nos castiga, precisamente porque quiere salvarnos. ¿Y pretendemos despues de obrar de esa suerte, ser admitidos en el Cielo? ¿Y nos lisonjaremos de que, despues de esta vida, subiremos á sentarnos en torno de la Reina de los Santos, y participaremos de su gloria? ¡Oh! hermanos míos, si deseamos participar algun día de la eterna dicha, en la mansion feliz en que habita nuestra Madre; si anhelamos contemplar cara á cara la celestial hermosura de Aquella, que es bella como la luna y como el sol electa; si nos place regocijarnos del esplendor de Aquella, que de nueva luz ilumina el Paraíso, apresurémonos á copiar en nosotros mismos sus virtudes, á celar la gloria del Altísimo, á abrazar con alegría la cruz, que, por nuestro bien, la bondad de Dios nos haya enviado. La medida de la recompensa en el Cielo será siempre proporcionada á la medida de nuestras virtudes; y cuanto más háyamos procurado imitar á María en esta vida del destierro, tanto más ensalzados seremos en la vida de la pátria celestial. Hijos de la Reina de todos los Santos, nos dirá entónces el eterno Juez, venid: vosotros, los que habeis observado mi ley; vosotros, los que permanecisteis fieles á mi doctrina, los que habeis sostenido santamente todo género de pruebas, venid; vosotros comereis á mi propia mesa, vosotros os sentareis al rededor de mi trono, vosotros sereis los príncipes de mi Reino.

Lo repito, empero, una vez más: para oir estas deliciosas palabras, para entrar en ese Reino, para poseer esa gloria, es preciso imitar á María. Ciertamente, que no tenemos nosotros como propias las obligaciones que Ella tuvo que cumplir; pero todos, cualquiera que sea nuestra obligacion, tenemos deberes que nos han sido impuestos, y, precisamente, con el estricto cumplimiento de tales deberes, es como nos haremos dignos de participar del triunfo de la Reina de los Santos. Salgamos, pues, de la corrupcion en que se sumerge nuestra naturaleza, sacudamos nuestra debilidad, abandonemos los desórdenes de la presente vida, elevémonos á la region de la luz y de la paz. Sea María nuestra guía, sea María nuestra maestra, sea María el luminar que alumbre la senda que debemos recorrer para lograr un puesto en el Paraíso.

Y Vos, ¡oh María! ¡oh gloriosa Reina de todos los Santos! ¡oh Madre nuestra amorosísima! dignaos escuchar nuestras súplicas. Vos, que sois terrible á las potestades del abismo, alejad con vuestro brazo poderoso de nuestras cabezas las infernales sugestioness que amenazan nuestra salvacion; Vos, que comandais á los espíritus celestiales, mandad á los Ángeles que desembaracen nuestro camino de los es-

collos que sobre él amontona Satanás; Vos, que tan cara sois á Dios, movedle á compasion, para que podamos experimentar su misericordia. Impetradnos la gracia de cerrar los ojos del cuerpo á cuanto cae bajo el dominio de la carne, y abrir los ojos del espiritu, para apreciar, en cuanto nos sea posible, el dón inefable que Dios nos ha concedido declarándoos Madre nuestra; cubridnos con vuestro manto, abrazadnos entre vuestros brazos, hacednos aspirar el olor del suavísimo perfume que de Vos se exhala; y nosotros nos encaminaremos al Cielo, amando aquellas admirables virtudes que os han constituido Reina de todos los Santos.